



San Juan de Ávila 2011

Lecturas:

Primera lectura: 1 Pedro 5, 1-4; Lecc. V; n. 13; pág. 353-4.

Evangelio: Juan 15, 9,17; Lecc. V; n. 11; pág. 362.

San Juan de Sahagún, el reconciliador de los bandos enfrentados en nuestra ciudad en el siglo XV, ejerce su patronazgo sobre Salamanca como intercesor y como mensajero permanente de la paz, que es obra de la justicia y alcanza su más perfecta realización cuando procede del amor, en la forma que corresponde a la vida de Jesús y a la enseñanza de su Evangelio.

Una autorizada guía para el ejercicio del amor evangélico nos la ha ofrecido la exhortación de la carta de Pablo a los romanos, proclamada en la segunda lectura de esta eucaristía. No volver mal por mal y vencer al mal con el bien es una posibilidad nueva de vida que nos hace posible Espíritu de Cristo. El camino que conduce a la paz con todos es no tomarse la justicia por la propia mano, sino por el contrario: *“si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber”* (cf Rom 12, 16-21). Hace así san Pablo una aplicación concreta de la enseñanza de Jesús: *“Amad a vuestros enemigos, hacer el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos... Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”* (Mt 5, 44-48).

Esta enseñanza evangélica fue sin duda el contenido de la predicación de San Juan de Sahagún, de la que Dios se sirvió para convertir los corazones de los salmantinos enfrentados por el odio e infundir en ellos el Espíritu del amor de Cristo. Pero esta enseñanza requiere, para su aceptación y eficacia transformadora, ser proclamada por un verdadero testigo del Espíritu y del amor de Cristo e ir acompañada por la oración y el sacrificio. Así lo realizó nuestro santo patrón, que vivía su celebración de la Eucaristía con tal intensidad que en ella veía a Cristo entregado y se identificaba con él, haciendo propias las palabras de Jesús: *“Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por los amigos.”* (Jn 15, 13).

San Juan de Sahagún ejercía la caridad con sus prodigiosos milagros, con su predicación de la reconciliación y en la relación diaria con toda clase de personas aquejadas de turbación espiritual, de enfermedad, soledad y cualquiera forma de necesidad material. El venerable agustino era el padre de los huérfanos, consuelo de las viudas, alivio de los enfermos, consejero de los atribulados y remedio de todos los pobres. Largas obras de caridad podía ejercitar por su calidad de Prior del convento; mas terminado su trienio de priorato no desamparó á sus desvalidos. En verdad, declara



Carlos López Hernández

uno de sus biógrafos, el oficio de Juan de Sahagún no era otro sino « visitar á las personas viudas y menesterosas; a los enfermos y los que padecían menguas y aflicciones, a los cuales consolaba con palabras muy dulces y sabrosas; y andaba por la ciudad importunando a los que podían que les hicieran limosnas, y así los remediaba en sus necesidades y menguas y aflicciones.

En las fiestas y domingos visitaba los hospitales y las casas de los pobres; y con tal candor y naturalidad practicaba estas obras piadosas, que aun en su rostro y porte exterior resplandecía la pureza y rectitud de miras, sin que nadie pudiera pensar que se afanaba más que por la gloria de Dios y el bien de los prójimos. Igualmente se conmovía y entristecía su corazón viendo la suma de desgracias reunidas en las mujeres perdidas en las casas de mancebía a las puertas del río. A ellas les predicaba también con frecuencia la conversión al amor verdadero en la cercana iglesia de San Lázaro. Y cuando las absolvía de sus culpas y las orientaba por caminos de vida recta tomaba sobre sí el cuidado de mantenerlas recogidas y asistirles con las limosnas que pedía, hasta lograrles un medio de vida digno.

Al escuchar estos testimonios, todos los creyentes hemos de comprender la necesidad de traducir en gestos de amor la Palabra de Dios escuchada, porque sólo así se vuelve creíble el anuncio del Evangelio, a pesar de las fragilidades humanas. Escuchando la Palabra de Dios con generosa disponibilidad de acogida se despierta la caridad, la misericordia y la justicia para todos, sobre todo para los pobres.

La urgencia de este testimonio de caridad efectiva es más visible en las circunstancias actuales, cuando miles de familias de nuestra ciudad y provincia tienen a todos sus miembros sin empleo y sin ingresos para la subsistencia diaria. Es necesaria la disposición de todos los que mantenemos empleo e ingresos a compartir nuestros bienes con los más perjudicados por la crisis económica, y no sólo de lo que pueda sobrarnos, sino asumiendo el sacrificio de renunciar a lo que en circunstancias ordinarias pudiera parecernos relativamente necesario. Cáritas es un cauce de garantía para nuestra colaboración y nos invita a personalizar la experiencia de que hay más alegría en dar que en recibir.

El elevado ideal del amor cristiano, fruto del Espíritu de Cristo en nosotros, debe inspirar toda nuestra visión de la vida humana en todas sus dimensiones y de nuestro comportamiento moral, tanto en el ámbito de la moral de la persona como en el de la moral social. El amor que procede de la fe y de la libertad del Espíritu es la principal fuente de alegría.

El Espíritu del Señor sigue derramando sus dones sobre la Iglesia para que seamos guiados a la verdad plena. En la primera carta de san Juan se nos ofrece la experiencia común de los discípulos al decirnos que también nosotros hemos oído, visto y tocado el Verbo de la Vida. Esta Palabra nos invita a reconocer que estamos en comunión unos con otros, con quienes nos han precedido en el signo de la fe y con todos los que, diseminados por el mundo, escuchan la Palabra, celebran la Eucaristía y dan testimonio



Carlos López Hernández

de la caridad. La comunicación de este anuncio se nos ha dado *“para que nuestra alegría sea completa”* (1 Jn 1,4).

La vida de San Juan de Dios es un luminoso testimonio de alegría. Por ello, nuestro patrón es un santo muy simpático y con gran sentido del humor; un santo que se hacía pasar por loco, cuando era conveniente. Y su alegría tenía su fundamento en el amor incondicional que recibía de Dios y transmitía a los demás.

La Palabra crea comunión y es fuente de alegría. Una alegría profunda que brota del ser mismo del Dios amor y que se nos comunica en su Hijo, Jesús.. Una alegría que no es superficial y efímera, sino que es un don inefable que el mundo no puede dar. Se pueden organizar fiestas, pero no la alegría. La Palabra de Dios nos enseña que alegría es fruto del Espíritu Santo y brota en nosotros de la experiencia del amor incondicional de Dios.

En nombre de todos, pido a Dios por intercesión de San Juan de Sahagún que nos de la gracia de ser coherentes con la fe que profesamos y de vivir con alegría los valores y la moral evangélica en medio de la disolvente ética cultural dominante. Y que, de esta forma, nos ayude a ser luz y fermento en medio del mundo, en el cual estamos, pero del que no somos. Viviendo en la libertad del Espíritu de Cristo, podemos hacer realidad el alto ideal evangélico de la caridad y ser agentes de verdadera reconciliación social.